

Fe, inteligencia y azar

Escuché una vez en un programa de Radio Nacional, al físico español Juan Pérez Mercader. Hablaba sobre el cálculo de probabilidades de que surgiera la vida en la Tierra. Dijo: imagínense un gigantesco desguace de aviones en EEUU donde hay miles de aviones. De repente viene un tornado gigantesco que levanta todo por el aire, y cuando acaba, se ha formado de la chatarra un boeing 747 flamante con toda su tripulación. Según el cálculo de probabilidades, es (aproximadamente) 10.000 millones de veces más probable que ocurra esto, a que se crease la vida en la Tierra. Sin embargo -dijo a continuación- como científico, no cabe pensar en la idea de un ser superior que estuviese detrás de esa acción.

Cuando le preguntaron al psicólogo suizo Carl Gustav Jung si creía en la existencia de Dios, el respondió: yo no creo en Dios, yo sé que existe. Un discípulo suyo, el filósofo, científico e investigador suizo Walter Odermatt da un paso más allá al afirmar que la existencia de Dios no es una cuestión de fe o de creencia, sino de inteligencia. Según Walter Odermatt, nadie al ver un coche, se plantearía que su construcción fuera producto del azar. Si colocamos las piezas de un coche en el suelo, no se forma el automóvil si no es a través de la intervención de una inteligencia humana que ensamble las piezas. De la misma forma, nadie al ver a un ser humano, al ver su complejidad y perfección, debería plantearse que hubiese sido fruto del azar. Sin embargo, la ciencia actual pretende mostrar que esto no sólo es posible, sino que además, pensar lo contrario atenta contra el rigor y la objetividad del método científico. Creer que la vida surgió por casualidad, que cada paso en la construcción del cosmos y en la evolución de la vida es producto del azar, es un axioma de la ciencia actual.

Para Walter Odermatt, la cuestión es más sencilla: si observamos el orden perfecto y armonioso de la Naturaleza y del ser humano, sólo hace falta usar nuestra inteligencia para darse cuenta, de que detrás de esa construcción hay una gran sabiduría que mueve y ordena todo. Eso es Dios, el Uno, el Todo, el principio creador. Hace falta una gran inteligencia para ensamblar de forma tan precisa cada una de las infinitas piezas de este gran cosmos. La existencia de Dios no es una cuestión de fe ni de creencia, sino de inteligencia y experiencia. Todo ser humano puede experimentar lo Divino dentro y fuera de él.

Carl Gustav Jung y Walter Odermatt enfocaron sus investigaciones en conocer cómo es ese principio creador, y sobre todo en conocer cómo actúa en el ser humano. La psicología profunda fue la herramienta de partida. A través de ella comprobaron que lo Divino habita en el interior de cada hombre, y que guía su proceso de desarrollo a lo largo de toda su vida, tanto física como psíquicamente. Lo Divino se manifiesta en el ser humano de varias maneras, y una de ellas es a través de los sueños. También han descubierto que la mayoría de los conflictos psíquicos tienen como origen el operar en contra de esta entidad, denominada por Jung el Sí-mismo. En el fondo, es algo tan sencillo de comprender como que la mayoría de los conflictos psíquicos se producen al ir en contra de la propia esencia, y que esa esencia es Divina. De esta forma, Walter Odermatt y Jung diferencian entre el Dios trascendente, que ordena todos los procesos en la Naturaleza, y el Dios inmanente, el Sí-mismo, que construye y guía al ser

humano desde el interior. El Sí-mismo es una imagen interior inmanente que aspira con gran fuerza a realizarse. A lo largo de su obra, Walter Odermatt muestra qué aspectos de esta imagen se van activando a lo largo de las diferentes fases de la vida, cómo el hombre puede cooperar con este desarrollo y qué problemas y enfermedades surgen al ir en contra.

Los descubrimientos de Carl Gustav Jung fueron la punta de lanza de la investigación científica de Dios. Walter Odermatt recogió el testigo estructurando y completando la obra de Jung de forma magistral.

Su posición no es cómoda. Se encuentran entre dos polos opuestos históricamente irreconciliables: la fe y el azar, la religión y la ciencia. No es de extrañar que la obra de estos dos maestros no haya causado buena impresión en estos dos bandos. Jung, por ejemplo, tuvo problemas con la iglesia católica por varias de sus publicaciones y Walter Odermatt no goza del prestigio ni del reconocimiento que debería por sus revolucionarias aportaciones al mundo de la ciencia.

La afirmación de que lo Divino se manifiesta en cada hombre no gusta nada a aquellos que opinan que Dios sólo se ha comunicado con unos pocos y hace miles de años, ni tampoco a aquellos que piensan que lo Divino y lo científico no pueden comulgar juntos.

Durante siglos, la ciencia se ha despojado de su dimensión espiritual y ha evitado enfrentarse a temas trascendentales para el ser humano como la muerte, el amor o Dios. Por otro lado, las confesiones religiosas pierden credibilidad y utilidad al convertirse en una cuestión de fe, en algo en lo que hay que creer. La ciencia y la religión deben caminar de la mano y no pueden subsistir la una sin la otra. La falta de entendimiento nace del enfoque materialista de la ciencia y de una confesión religiosa inconsistente y llena de contradicciones, que no ayuda al ser humano a tener un vínculo personal con lo Divino. La obra de Walter Odermatt aporta una nueva y esperanzadora perspectiva para la disolución del eterno conflicto en el que se encuentran encasquilladas la ciencia y la religión.

© Sacha Criado, 2007

sachacriado@yahoo.es